



NOTAS NECROLÓGICAS

D. FÉLIX BUENECHEA

HA fallecido este veterano sacerdote, coadjutor de la parroquia de San Vicente, de esta Ciudad.

Los funerales y el entierro fueron una prueba de simpatía en Donostia, donde nació y ha muerto en el cargo que, casi todo el tiempo de su ministerio, ha ocupado.

Para los donostiarras de la parte vieja tenía el finado un especial motivo de admiración y respeto. Fué el instructor catequista de los donostiarras *mukizus* de primera comunión, cuando el vivo resplandor de las *koşkas* lucía sus más hermosas galas en los pasados tiempos en que se jugaba a la pelota en las entredichas paredes exteriores del vetusto templo de San Vicente, con infracciones continuas de la conminación de *cuatro reales vellón*.

Lo que los celadores y el rigorista guardián de la iglesia no podían conseguir a fuerza de sendos *makillazos*, conseguíalo la presencia venerada de D. Félix Buenechea. Bastaba anunciar que caminaba en la *Bre-*

cha, en dirección al templo por la conocidísima y compleja calle de San Juan, para que todos los muchachos del catecismo cesasen en sus joviales diversiones, y agarrasen el pequeño librito del catecismo, impregnado de mil contagios de mancha en el laberíntico bolsillo del *mu-kizu*, donde caramelos y *gošos* de *Graši*, chivas y canicas de Bolla y Bianchi, y *laukos* de Albarellos, revolviase en amistosa compañía.

La presencia del respetable sacerdote obligaba a los chicos a enfilarse en respetuosa línea, de la que pasaba el virtuoso coadjutor con entrecejo adusto, como convenía a nuestras indiscretas diversiones, adivinando que era muy conveniente dedicar los últimos minutos de la sesión catequista a terribles anatemas de *calabaceo*, si continuaban las infracciones de la ley, expresada en la blanca cenefa de la pared.

Preguntaba con severidad de gran maestro el catecismo, en la parte señalada de lección, y si alguno titubeaba en su recitación, ¡ah! cuánto esfuerzo de *sopleo* se manifestaba en los vecinos al preguntado, sólo con el afán de salvar al compañero, no de los palos, porque nuestro querido D. Félix era incapaz de dar *soplamocos*, pero sí de la escasa nota que apuntara cuidadosamente el venerado sacerdote, en el pulcro cuaderno de sus calificaciones, las cuales con exactitud admirable aportaban el favor o disfavor al balance final.

Afortunadamente todos salíamos a flote, gracias a la suave, discreta, sabia y bienhechora combinación de sus cualidades de pedagogo; y nunca le habíamos visto gozar y jovializarse más, que cuando, en la memorable mañana de la primera comunión, él, personalmente, nos ponía en ordenada fila en la sacristía y nos presentaba después, y en momento oportuno, al Dios de la Eucaristía, en las antiguas y herrumbradas piedras de las gradas del altar principal de las *koškas*. Entonces, en aquel día memorable, convenía aquella apuesta reunión de comulgantes, por tácito pero solemne y unánime pacto, en amar y reverenciar en los días de nuestra vida al muy querido de los niños D. Félix Buenechea.

Severo era, pero le amábamos: prueba segura de su cualidad suma de pedagogo; y le queríamos, además, porque era reputado como hermano mayor, aunque canoso, de nuestra común familia donostiarra; familia que hoy va perdiendo sus últimos y genuinos representantes, para sellar quizá, con la muerte de éstos, el fenecimiento de las *koškas* y de todos los *koškerismos*, tan gratos y tan entrañados en nuestra propiasangre.

Lloro yo al volar de la pluma, que no es capaz de expresar esos íntimos amores y cariños de la vieja Donostia; y lloro más, porque quedamos solos, sin las venerables figuras de lo pasado, que merecerán, a través de la fría losa del sepulcro, nuestro más vivo y singular agradecimiento; el cual quisiera, al menos, patentizar en este momento con una ferviente oración en favor del que, con celo de toda su vida, consagró ésta a la educación religiosa de una serie interminable de donostiarras.

En nombre de éstos: *¡eskarrikasko!*

R. I. P.

DONOSTIARRA

*
* * *

EUSKAL-ERRIA se asocia al hondo pesar de la distinguida familia de D. Félix Buenechea y eleva al cielo su ferviente plegaria por el alma de aquel venerable sacerdote tan querido del pueblo donostiarra.

